

acreditando en sus múltiples disposiciones a favor de la Escuela primaria, y porque en todas cuantas ocasiones tiene que intervenir siempre se acuerda con cariño de los maestros; pero también es preciso que el Magisterio valore en toda su importancia estas atribuciones; que se dé cuenta de su responsabilidad, yo estoy seguro que sabrá hacerse digno de la confianza que en él depositan, y que igualmente que supo borrar el baldón del analfabetismo del suelo de nuestra Patria, sabrá ahora que la cultura popular exige ha de ser la de un Certificado de Estudios primarios, que supone, por lo menos, el nivel cultural de un segundo curso de Bachillerato, y hay que aspirar que esto sea el mínimo de cultura que tenga el español, ya que los derroteros de la Ciencia y de los inventos en el mundo reclaman que cada día sea más alto el baremo educacional de los pueblos.

Y para terminar debo decir que ya que se le reconoce al Magisterio la solvencia para poder educar e instruir a sus alumnos hasta el tercer curso de Bachillerato con una gran ventaja para los centros de Enseñanzas Medias, que manejarán unos alumnos mucho más aptos, debe tenerse en cuenta la situación económica del maestro, y que conste que no me gustó jamás aludir en mis escritos esta faceta porque la

considero muy delicada; pero ha llegado la hora de que sean las promesas realidades, y tengo la seguridad que en la mente del Sr. Ministro y en la del Caudillo ocupa lugar preferente la dignificación material del maestro; pues como muy bien ha dicho el señor Tena Artigas en su magnífica conferencia pronunciada recientemente en el Ateneo de Madrid al referirse a la vocación en el Magisterio, "se consigue mediante la creación de estímulos económicos que prestigien y hagan atrayente la carrera" ... Todo esto se necesita con urgencia, no tiene demora, ni espera. Se van a crear veinticinco mil escuelas más —de esto tengo deseos de escribir algunas líneas—, se precisan muchos y buenos maestros.

Termino congratulándome sinceramente de lo que considero un gran acierto, felicitando al Sr. Ministro por esta disposición que comento y esperando de su etapa de gobierno muchas cosas en pro de la Enseñanza Primaria, que es el fundamento de la prosperidad de la nación.

IGNACIO PÉREZ LANZA.
Director del Período de
Conjunto de la Univer-
sidad Laboral "José An-
tonio Girón".

inf. extranjera

Situación del Orientalismo en la enseñanza superior occidental

La separación —por no decir la oposición— entre Oriente y Occidente, que fácilmente se nos presenta hoy como una de las constantes de la historia de la Humanidad, es de hecho relativamente reciente. En toda la Antigüedad, el comercio entre la India y el mundo mediterráneo desempeñó un papel de primordial importancia. Los diversos cambios de la hegemonía de Mesopotamia a Egipto y de Egipto a Asia Menor, en el curso de tres milenios antes de la Era Cristiana, fueron a menudo las repercusiones políticas que comportó el cambio de ruta para el comercio con la India. Más tarde, el comercio chino fué el gran resorte de la economía romana. Y, en la primera mitad de la Edad Media, el Imperio de Bagdad, Bizancio, las ciudades rusas vivieron y prosperaron por ser sucesivamente paso obligado entre Europa y Asia. Así, durante más de cuatro milenios las relaciones Oriente-Occidente acusaron por sí mismas el pulso del mundo civilizado. La invasión de las provincias orientales del Imperio de Bagdad por los turcos nómadas hacia la mitad del siglo X constituyó para el mundo una catástrofe sin precedentes. Don-

de otrora existieron villas fabulosamente ricas —Budjara, Samarcanda, Kodjend— se instaló el desierto. Asia Central y, casi en seguida, el Asia Menor, que habían sido hasta entonces el nexo de unión entre Oriente y Occidente, se convirtieron en un gran vacío, en una especie de tierra de nadie. El mundo civilizado, hasta entonces un todo unido, fué dividido en dos mitades que desde entonces vivieron y se desarrollaron enteramente por separado.

Culturalmente, cada mitad se encierra en un humanismo que no representa de hecho sino la mitad de la Humanidad y pierde totalmente el contacto con la otra mitad. Y cuando Europa, en el siglo XVI, redescubre Asia, el mal se ha consumado. Europa —por no considerar aquí más que este aspecto del problema— había ya logrado su tradición grecorromana en una Historia, un Arte, una Filosofía, una Literatura que formaba un todo perfectamente cerrado. La historia y la cultura del Extremo Oriente aparecieron no como un trozo perdido de la historia y de la cultura universal, sino como una especie de suplemento, de anexo, de apéndice. El esquema general de la historia "universal" (que en la práctica era la historia mediterránea), estaba ya terminada; la historia del Extremo-Oriente, en la medida en la que ella podía ser conocida, era algo aparte que no entraba en los programas de estudio habituales del hombre medio, quedando relegada a objeto de dedicación de algunos especialistas eruditos. Por tanto, incluso después del redescubrimiento de Asia, la cultura asiática permaneció separada de la cultura occidental ordinaria.

Esta característica de separación del orientalismo en el conjunto de la cultura de Occidente se refleja

perfectamente en la enseñanza. Hasta estos últimos tiempos, al Extremo Oriente apenas se le dedicaba espacio en las enseñanzas de Historia, tanto en el escalón primario como en el secundario. Basta para advertirlo leer los informes presentados a la Unesco hace dos años por los historiadores de 18 países de Europa y América (1). Todos están de acuerdo en reconocer que la imagen de Asia, tal como ha sido presentada a los escolares occidentales, es "deformada, superficial y episódica..."

Con pocas variantes, la autocrítica es la misma en los distintos países. "La historia de la India —escribe un experto italiano— se reduce para la mayoría de los manuales al período de la colonización inglesa; la de China comienza en el tratado de paz chino-japonés de 1895."

El informe francés no es menos severo: "El espacio y la importancia reservados a los acontecimientos de la civilización de fuera de Europa —se lee allí— son proporcionales a las relaciones que los mismos tienen (aparentemente al menos) con la historia de la Europa Occidental. En lo que concierne a los países asiáticos, cuanto más lejos se encuentran de la Europa Occidental, geográficamente hablando, más concisas se hacen sus referencias."

Suecia confiesa a su vez el silencio total de sus manuales sobre la expansión del islamismo. Los escolares británicos no están mejor informados: según confesión de sus maestros, la civilización asiática no es evocada sino en la medida en que ha inspirado al Occidente o ha dejado su marca en éste.

Sería ocioso insistir, pues el tema resulta demasiado evidente. Pero es que cuanto pueda afirmarse con tal evidencia de la Enseñanza primaria y de la Enseñanza media, podría predicarse también, siquiera con pequeños celajes, de la Enseñanza superior. Ciertamente, numerosas Universidades occidentales poseen desde hace mucho tiempo cátedras de Orientalismo, pero dichas cátedras constituyen en todo caso algo aparte. En París, por ejemplo, existe en la Sorbona un Instituto de Altos Estudios Chinos, un Instituto de Estudios Japoneses y un Instituto de Civilización India. Estos Institutos, donde han profesado y profesan algunos de los más eminentes orientalistas, ofrecen una enseñanza muy completa sobre la cultura extremo oriental, desde los diversos puntos de la lingüística, la Literatura, la Arqueología y la Filosofía. Sin embargo, no forman parte de los cursos normales en los estudios superiores de Letras. Los diplomas en estudios indios, chinos o japoneses (aunque exigen para un estudiante francés un trabajo incomparablemente mayor que un aprobado en latín, en griego, en literatura francesa o en filosofía inglesa), no dan acceso a la enseñanza media ni permiten ascender hasta la "agrégation". Esto quiere decir que prácticamente el orientalismo está reservado a aficionados o a estudiantes que pretendan especializarse a fondo y convertirse un día en profesores de Universidad, de sánscrito, de chino o de japonés. Pero los licenciados o agregados en Letras Clásicas, en Inglés, Español o Alemán, terminan sus estudios sin haber tenido jamás la oportunidad de leer

(traducido, se entiende) un verso de Li Po o Po Chü Yi, de abrir una novela japonesa o de adquirir por sí mismos idea de la poesía religiosa india. Y, lo que aún es más grave, un licenciado o un agregado en Historia tiene su información reducida a la mitad (y, cuantitativamente, a la mitad más pequeña) de la humanidad y no conocerá Asia sino en cuanto a las relaciones que Europa haya tenido con ella, es decir, en los momentos en que Asia era en menor medida ella misma. Sin duda es comprensible que no todos los futuros profesores de Literatura y de Historia en la Enseñanza media, en Europa y en América, tengan conocimientos profundos sobre Asia. No todo el mundo puede saberlo todo. Pero lo que sí es grave es que no pueda adquirir tales conocimientos en su formación universitaria ninguno de esos futuros profesores, y que las licenciaturas y agregaduras que llevan a la Enseñanza media, no tengan ninguna opción orientalista; o, dicho de otra manera, que la enseñanza superior común —la que prepara los cuadros docentes de la nación— ignore a Oriente.

Finalmente, cuando se contempla de cerca, se puede afirmar que tanto en América como en Europa el orientalismo está hoy ausente de la enseñanza superior habitual. Los Institutos de Indianismo o de Chinología, aun quedando al margen de las Universidades, ponen de relieve prácticamente una enseñanza de erudición que queda tan sólo un escalón por encima de la enseñanza superior habitual. Reservados a una minoría los estudios extremo orientales en Occidente, son a menudo enormemente especializados. En la Sorbona no existe un Instituto de Orientalismo, sino un Instituto de Civilización India, un Instituto de Altos Estudios Chinos, etc. Pues bien, el estudiante del Instituto de Civilización India de la Sorbona pueda ignorar totalmente la cultura china y el estudiante del Instituto de Altos Estudios Chinos no llegar a saber nada de la civilización india. Y además, en el seno de cada uno de esos Institutos especializados, la enseñanza está orientada desde sus comienzos hacia los aspectos de la erudición de la cultura: lingüística y arqueología, en vez de información cultural general.

He tomado el ejemplo de la Sorbona. Pero, con escasas variantes, todo lo dicho podría aplicarse a Oxford, Columbia o Heidelberg. Por todas partes, el orientalismo se sitúa en un plano inaccesible a la masa de los estudiantes. Tres siglos después del redescubrimiento de Asia, el orientalismo permanece al margen de los planes de estudios occidentales. Y no existe grado intermedio entre la ciencia de algunos raros especialistas y la ignorancia de todos los demás. Se puede afirmar en líneas generales que en Occidente el gran público culto ignora al Extremo Oriente o no tiene de él sino el más vago de los conocimientos.

Es una lástima que Occidente haya aprovechado tan poco, hasta el momento actual, la riqueza cultural de Extremo Oriente. Pero el problema que ayer todavía era tan sólo académico ha llegado a ser hoy incomparablemente más grave y más urgente. Desde el fin de la segunda guerra mundial, las naciones asiáticas han recobrado su independencia nacional. Votan hoy en grado de igualdad con los países oc-

(1) Publicados en "El Correo de la Unesco", marzo de 1956.

cidentales en las asambleas mundiales. Y esta situación de derecho no es sino el reflejo de una situación de hecho. El Extremo Oriente se ha desarrollado en el curso de los diez últimos años más que en todo el siglo precedente. La inmensa mayoría de los occidentales no sospechan todavía un cambio tal. ¿Se sabe, por ejemplo, que el año pasado el Japón ocupaba el primer lugar mundial en construcciones navales; que China produce 110 millones de toneladas de carbón por año (lo mismo casi que Alemania) y que una ciudad como Bangkok, ayer pequeña provincia, es hoy una gran ciudad internacional, más moderna sin duda que muchas capitales europeas? Pues bien, esto no es sino un comienzo que da margen para pensar que en un futuro próximo el desarrollo económico de Asia, como el de América del Sur, pero todavía en mayor grado dado su potencial humano, va a ser considerable. El Extremo Oriente emergiendo de un largo sueño entra de pleno derecho y con pie firme en la vida mundial. Ignorar Asia no es solamente una laguna cultural: es ignorar la mitad del mundo moderno, de un mundo que comunicaciones de todas clases han vuelto particularmente próximo y solidario. Un país que hoy ignorase Asia se pondría voluntariamente fuera de la corriente mundial... exactamente igual que se encontraba Asia hacía un siglo. El orientalismo que ayer pudo ser considerado como un lujo, se ha convertido hoy en una imperiosa necesidad.

¿Pero no es suficiente para Occidente, podría objetársele, conocer el aspecto útil del Extremo Oriente, su geografía, su economía y su política? En efecto, esto es sin duda lo más urgente; pero no es bastante. Si la Humanidad está llamada a vivir unida, debe tener de sí misma un profundo conocimiento de conjunto. De no ver y de no conocer del Extremo Oriente sino sus aspectos más inmediatos, Occidente correría el peligro de incurrir en graves malentendidos; se arriesgaría incluso a no conocer sino de precaria manera los aspectos útiles inmediatos. Precisamente porque Asia ha dejado de ser una simple explotación económica y porque ha vuelto a poner el pie en la Humanidad moderna, debe ser conocida como Humanidad. Ciertamente, no es posible que todos los occidentales se encuentren familiarizados con el detalle de la Historia y de la Cultura asiáticas. Pero para que la masa tenga un conocimiento aproximado válido, es preciso que las *élites* tengan un conocimiento profundo. Es preciso que las *élites* occidentales (no solamente algunos especialistas, sino la generalidad de las *élites*), conozca de manera conveniente la cultura histórica del Extremo Oriente para que, por ósmosis, las masas puedan adquirir las nociones generales del Extremo Oriente o simplemente el interés sobre el cual se basarán las relaciones prácticas. Me ha llamado siempre la atención cómo las personalidades occidentales que ocupan puestos de responsabilidad en el Extremo Oriente se detienen en la superficie de la realidad quedando expuestas, al hacerlo, de incurrir en contrasentidos enormes acerca de los acontecimientos y de los hombres. Les falta una dimensión del Extremo Oriente y cabría preguntarse si la ignorancia respecto de las civili-

zaciones asiáticas no explica en gran medida los errores políticos de un pasado reciente.

Yo no quisiera entrar aquí en las medidas a adoptar para remediar esta situación en la enseñanza primaria y media occidental. Preferiría limitarme al problema tal como se plantea en la enseñanza superior, es decir, a la formación de los cuadros. En Asia la totalidad de los estudiantes de Universidad reciben una enseñanza sobre la cultura occidental. No existe estudiante de Letras en China, Japón, la India o Siam que no haya oído hablar del Quijote, que no haya leído una obra de Shakerpeare, escuchado una sinfonía de Beethoven o que no tenga alguna idea propia sobre los templos griegos o las catedrales góticas. En una universidad occidental, ¿quién, además de los especialistas, conoce la existencia de Kalidasa, de Li Po o de Murasaki?

Para las universidades occidentales, me parece, se trataría, no tanto de multiplicar las enseñanzas especializadas actualmente existentes, como de crear una enseñanza cultura extremo oriental *muy general*, una enseñanza de iniciación a las "Humanidades" asiáticas. Occidente posee suficientes especialistas, excelentes especialistas, en orientalismo; lo que necesita es un número más amplio de iniciados en esta materia. En lugar, pues, de tener (o además de tener), como en la Sorbona, un curso diplomado de civilización india, de estudios chinos, de estudios japoneses, haría falta un curso diplomado que abarcara el conjunto de la cultura extremo oriental.

Para concretar un poco mi idea, diré que no concibo estos estudios extremo orientales como una licenciatura aparte. Una licenciatura tal, en efecto, carecería notoriamente de salidas prácticas inmediatas para seguir siendo algo vivo. Forzosamente desembocaría en una licenciatura para "jóvenitas de mundo" que pondría en peligro, a fin de cuentas, la seriedad del orientalismo.

Mejor pudieran llegar a constituir los estudios extremo orientales de carácter general, una de las disciplinas opcionales en el seno de la Licenciatura en Letras existente (lenguas y literatura clásicas occidentales, lenguas y literaturas modernas occidentales, historia, filosofía) (2).

Por el momento no se trata de que todos los estudiantes de Letras en Occidente reciban una información sobre la cultura extremo oriental, sino de que éstos puedan desear recibirla. Si el 10 por 100 de los estudiantes de Letras en Occidente tomase la cultura extremo oriental como una disciplina opcional en sus estudios de licenciatura, no se debilitarían sensiblemente las restantes materias opcionales posibles y, esto sin embargo, bastaría para crear en los cuadros intelectuales la tan necesaria toma de conciencia de Asia por Europa. En estos estudios extremo orientales, considerados solamente como disciplina opcional en el seno de las diversas licenciaturas, no se trataría evidentemente de enseñar el conjunto de la historia y de la cultura de todos los países asiáticos. La historia y la cultura del Extremo Oriente posee gran complejidad e infinita riqueza.

(2) Las formas de aplicación variarían evidentemente de un país a otro, según la correspondiente estructura de los estudios universitarios.

Si se quisiera dar noticia de todo, se caería ineludiblemente en el resumen superficial y jamás podría comprenderse la realidad cultural en su conjunto. En lugar de proporcionar una sucesión de acontecimientos culturales e históricos del Extremo Oriente, me parece que convendría aportar unos cuantos aspectos de la historia y de la cultura extremo oriental. Los estudiantes occidentales no podrían jamás ciertamente conocer toda la cultura de Asia en medio centenar de lecciones. Basta que adquieran una idea viva sobre un cierto número de obras literarias, filosóficas o artísticas representativas: la poesía de Li Po o de Tu Fu, las novelas galantes japonesas del siglo X, el Libro del Tao de Lao Tsé, la Bhagavat Gita, la pintura Song, la escultura budista, las formas de corteza extremo orientales, la música, la cocina incluso... Sería imposible dar una lista; los aspectos estudiados cambiarían siempre de una universidad a otra y de un año a otro.

Una enseñanza de iniciación a la cultura extremo oriental excluye evidentemente el estudio de las lenguas. El chino, el japonés o el sánscrito entrañan un esfuerzo considerable. Son precisos años y años consagrados exclusivamente a este trabajo para llegar a leer en el original una poesía china, una novela japonesa o un libro de filosofía india. No se trataría

de esto en el plan modestísimo que propugno. Se trabajaría consecuentemente sobre traducciones (las hay excelentes en inglés, en francés, en alemán, en italiano y, por increíble que parezca, en español incluso). El primer contacto debería venir dado por las obras de arte. Un bronce Yin, una escultura khmère, un paisaje Song, un grabado de Kiyonaga proporciona una intuición directa de la sensibilidad extremo oriental sin las dificultades que presenta el lenguaje en las obras literarias. Es, pues, sobre el arte, creo yo, donde convendría insistir en los comienzos.

Comprendo perfectamente las objeciones que pueden levantar las propuestas que formulo. Los planes de estudio vigentes están ya tan sobrecargados que sería insensato intentar añadirles algo más. Pero la dificultad de un problema no puede ser excusa para no resolverlo. En un mundo que ha venido a ser otra vez uno en su totalidad, Occidente no puede continuar ignorando dos terceras partes de la Humanidad sin exponerse a una catástrofe. El orientalismo, es preciso repetirlo, no es ya un lujo intelectual, sino una necesidad imperiosa.

PRINCESA MARSI PARIBATRA.

la educación en las revistas

ENSEÑANZA PRIMARIA

La Editorial Herder, de Barcelona, ha iniciado la publicación de una nueva revista, "Orbis Catholicus", cuyo primer número llega a nuestras manos ofreciendo un sumario en el que además de captarse los latidos más recientes del pulso intelectual católico, encontramos una nota informando sobre las discusiones que en las escuelas públicas norteamericanas se sostienen acerca de la enseñanza de la religión en ellas; y que se polarizan en actitudes extremas, por una parte los defensores de una educación religiosa y por otra los de una educación puramente laica; apelando en uno y otro caso a la constitución. Después de hacer una breve historia de este conflicto que está en la base de la vida pública americana, dando a conocer las intervenciones legislativas que han terciado en él, se exponen los tradicionales esfuerzos llevados a cabo contra el laicismo y las tentativas más recientes a partir de 1948 de insertar los valores religiosos en la instrucción pública para terminar con una descripción de la actitud católica frente a esta crisis tan grave y actual (1).

Continuando la serie de artículos que bajo el título general de "La Educación al aire libre" ha publicado el director de la Escuela del Mar en su revista "Garbí", en el número correspondiente a marzo, encontramos un resumen y comentario a los cinco Congresos internacionales celebrados sobre la educación al aire libre, que si bien han tenido una tónica general "de vaguedad" de sus mociones y votos aprobados, han poseído el valor de dar lugar a que se mencionen y perfilen en ellos

ideas y conceptos que definen para un futuro nuevas organizaciones y nuevas prácticas. Y a continuación recogen algunas de las formulaciones hechas en tales congresos muy importantes para comprender la necesidad de una educación al aire libre: "nuevos problemas se plantean al médico higienista, al educador y al hombre que se dedica a la enseñanza. Para ellos la Escuela debe poseer las informaciones indispensables para cumplir su misión, para definir la personalidad física, psíquica, moral e intelectual de cada niño, y sería incompleta si desconociera el medio social en que se desenvuelven". Y más adelante: "la Escuela al aire libre, evocativa de sol, de alegría..., donde los mejores medios didácticos están constituidos por todo lo que rodea al niño, donde los métodos están basados sobre la actividad sensorial, la observación y la experiencia... donde el niño se percata de la belleza...", que es un comentario hecho ya en 1949 con carácter de novedad y de revelación (2).

En la misma revista, y dos números consecutivos, un antiguo alumno y profesor de la Escuela informa acerca del II Congreso Latino de Educación Física, que ha sido tratado también en números anteriores. Se alude aquí al *tema séptimo* del Congreso que estuvo destinado a la formación del personal docente de educación física, y en el segundo se recogen las últimas conclusiones señalando como posición unánime de todos los congresistas el considerar la Escuela primaria como el punto de iniciación de la educación física, así como el lugar más apropiado para despertar en los niños el interés por los ejercicios físicos (3).

En la revista de la Federación Católica de Maestros Españoles hay una colaboración poniendo de relieve la importancia de las ciencias naturales en la escuela primaria y la orientación didáctica que estas enseñanzas deben presentar; para lo cual habrá que tener presente tres metas fundamentales: la educativa, la instructiva y la utilitaria. Aunque estos tres puntos de vista

(2) Pedro Vergés: *La educación al aire libre*, en "Garbí". (Barcelona, marzo de 1958.)

(3) Hermenegildo Francés: *El II Congreso Latino de Educación Física*, en "Garbí", núm. 53-54. (Barcelona, marzo y abril de 1958.)

(1) *Discusiones sobre la enseñanza de la religión en las escuelas públicas norteamericanas*, en "Orbis Catholicus", núm. 1, Editorial Herder, Barcelona.